

El gesto de matar la corrida de su familia en Madrid -175 años de vida de la ganadería- se convierte en un fiasco

Devueltos los dos toros de sorteo. Imposible repetir sus éxitos de 2015 y 2016 en Pamplona y Sevilla

Pero cumple con honra y oficio con dos buenos sobrereros.

Madrid, 11 jun. (COLPISA, Barquerito)

Domingo, 11 de junio de 2017. Madrid, 32ª y última de San Isidro. Veraniego, muy caluroso y seco, 36 grados. Algo de viento sur. 22.490 almas. Dos horas y diez minutos de función.

Cuatro toros de Miura

un primer sobrero -2º bis- de Buenavista

(Clotilde Calvo)

y un segundo sobrero -5º bis - de El Ventorrillo

(Fidel San Román).

Rafaelillo

, silencio y saludos. Herido leve por el cuarto: dos puntazos corridos en muslo y axila.

Dávila Miura

, silencio y saludos.

Rubén Pinar,

silencio en los dos.

Dos buenos puyazos de

Alfonso Doblado

al sobrero de En Ventorrillo. La eficacia con capote y palos, y el sentido de la oportunidad de

Miguel Martín

, que ha echado una gran feria. A punta de vara

Florito

metió en toriles a los dos toros devueltos en apenas medio minuto. Al segundo, por derecho y corriendo hacia atrás; al quinto, conduciéndolo por tablas. Muy celebrado el trabajo.

UN DISCRETO CORO de palmas al asomar Eduardo Dávila Miura por el portón de cuadrillas. Rotas las filas después del paseo, rompió una ovación sonora y no hubo más remedio que salir a saludar al tercio. Eduardo sacó con él a Rafaelillo y Rubén Pinar. Ceremonia cumplida. Se tiene en Madrid por gafe que un espada salude antes de empezar la batalla. Y por gafe insuperable que saluden los tres. La corrida era la celebración en Madrid de los 175 años de vida de la ganadería de Miura en manos de una sola familia.

El argumento, sin embargo, no era tanto lo redondo de la efeméride como el hecho de que Eduardo Dávila hubiera decidido apuntarse a la celebración. Tras nueve temporadas en retiro, Eduardo reapareció en 2015 en Pamplona para matar la corrida del cincuentenario de la divisa de la familia en sanfermines. Fue un éxito. Hace un año mató en Sevilla la corrida de Miura por parecida razón: el cincuentenario de la ganadería en la Feria de Abril. Y otro éxito. La idea de cerrar en Madrid el ciclo de celebraciones cayó por su peso. Pero.

La de Miura de Madrid no fue ni la de Pamplona ni la de Sevilla Ni la del año pasado ni el antepasado en San Isidro. Nada que ver. Ni en hechuras ni en trapío. Ni en peso: un promedio de 540 kilos en plaza de primera se antoja demasiado ligero para ser Miura. Ni en condición. Ni las formas ni el fondo. La nobleza casi pajuna del toro que rompió plaza –una impropia versión de toro artista- no es novedad en la ganadería. Sí sorprendieron para mal el renuncio y la manera de blandearse en varas del cuarto, uno de los dos toros que pasaron el listón de los 600 kilos, pero toro rollizo y atacado. Tercero y sexto no pudieron con su sombra ni su alma.

Se derrumbó el quinto solo después de un primer puyazo. Al cabo de una desafortunada lidia y ya en banderillas se fue al suelo el segundo, que, por lo que fuera, había sido protestado de salida. Fue, por cierto, el toro de más patentes reacciones propias de un miura. El quinto, el más tallado de los seis, abierto de cuerna, rodetes negros en las astas –señal de miura-, echó las manos por delante con díscolo aire, pero salió de una dura vara única derribado como en un acoso campero.

El sector torista de las Ventas se encendió en cuanto saltó la primera chispa y el castigo para la corrida fue severo: tres de los solo cuatro toros que murieron en la arena se arrastraron entre fuertes pitos. Más dolorosa fue todavía otra circunstancia: los dos sobrereros tuvieron mucha

más plaza que cualquiera de los seis de sorteo. Enteros y poderosos se movieron y dieron buen juego. En particular el quinto bis, de El Ventorrillo, de caro son, y no tanto el de Buenavista, que había sido enchiquerado como sobrero no menos de diez veces en la feria y lo acusó de partida.

No se contaba con que el gesto de Dávila Miura fuera a resultar en cierto sentido un tiro por la culata. Los dos toros de la familia, al corral. A cambio, dos toros imprevistos, con los cuales anduvo Eduardo firme, seguro y tranquilo. Afrontando el destino sin un solo gesto de contrariedad. Al toro primero le había hecho un buen quite de tres verónicas y media; al segundo lo fijó con media verónicas muy bien tirada; al quinto le aguantó de salida tres apretones en serio. Eso fue todo lo de miura que pudo llevarse a la boca.

Con los dos sobrero se entendió sin dudas. Al de Buenavista lo toreó despegadito pero en dos últimas tandas lo ligó a gusto en redondo, y remató con pases de pecho de caro trazo. Al de El Ventorrillo lo toreó con cabeza y corazón: la distancia, el terreno, los tiempos de una faena bien rimada y ligada, el toro vino encantado, los de pecho –dobles en casi todos los remates- fueron espléndidos. La naturalidad misma, que ha sido sello de Eduardo desde que empezó de novillero hace veintitantos años. A los dos sobrero los pinchó arriba una vez antes de cobrar sendas estocadas letales. Un minoritario coro reprochó a Eduardo que saliera a saludar tras despachar el segundo sobrero. Le cayeron encima protestas que no iban por él, sino por el apellido.

Rafaelillo lidió con su autoridad de siempre, sin dar un respiro a ninguno de sus dos toros, llegó a firmar muletazos desmayaditos con el primer miura y trató por activa y pasiva de enredar al cuarto, desganadísimo. Sin éxito sino todo lo contrario. En un gañafón defensivo le pegó el toro dos pitonazos. Rubén Pinar se llevó del sorteo los dos toros más deslucidos. Anduvo con los dos resuelto y fácil.

Postata para los íntimos.- Me ha parecido reconocer en la fila veintitantos del tendido alto del 10 a un pastor protestante acompañado de su señora esposa. No me tengo por experto en pastores, pero tengo recorrido algo de mundo -Inglaterra, Escocia, los países escandinavos, la antigua Alemania Occidental y los Estados Unidos de América (del Norte)- y, quieras que no, donde pongo el ojo pongo la bala. Pues igual que en España pasa con el clero secular o con las monjitas que salen sin habito del convento. En Italia también pasa. Uno de los camareros de un restaurante que frecuento en Arles -cocina piamontesa y no provenzal, salvo aislados toques- me pareció el primer día que lo tuve atendiendo mi mesa que tenía ese acento que se adquiere en los seminarios tradicionales. No digo voz de cura porque cada cura tiene la propia. Pero es la entonación, la suavidad, las pausas, el susurro de confesionario en la lengua que sea. Y al cabo del tiempo, ya una amistad, lo supe: del seminario de Bolzano, que es ciudad episcopal en las primeras rampas serias de los Alpes dolomitas, orillas del río Adige, tan

tumultuoso.

Un pastor en los toros. De negro vestido: camisa y pantalón. Sin alzacuellos, Llevaría su libro de horas o su biblia de bolsillo. Y la calma de los anglicanos pacíficos. O la santa ira luterana, tan contenida. Una de Miura sin alma. Pecado mortal. Reconoci en fin, en el mismo tendido, una familia de cuatro coreanos -padres y dos hijos- y supe que eran coreanos de lejos solo por un detalle: por llegar tarde a los toros. Los japoneses son siempre puntuales. Anoche estuve leyendo en detalle la historia de la guerra ruso-japonesa de 1904 y me dejó fascinado todo lo referente a la disciplina de la marina y la infantería japonesas, a su talento y su astucia para defenderse de un gigante imperial como el de la Rusia todavía zarista. Un ejército lleno de desertores y soldados ebrios, sí, pero un ferrocarril que llevaba desde SAa Petersburgo a Valdivostock. Con parada en el lago Baikal. Todavía no habían construido los 150 kilómetros que circundan el lago. Y un espía japonés lo sabía. Miura es un apellido frecuente en Japón.